

PAZ.—(*Dulcemente.*)—¿Lo ha dicho usted por mortificarme?

VALENTÍN.—No.

PAZ.—Entonces me ha mortificado usted sin querer... De nosotros, ya sabrá usted nuestra vulgar historia. Mi padre ha muerto... Dios le haya perdonado.

VALENTÍN.—¡Dios!

PAZ.—(*Rápida*)—¡Y usted!

(*Valentín se inclina sin responder.*)

Yo me casé con mi primo Gumersindo; tengo un marido que me considera, y dos hijos, Pablo y Genoveva, que adoro y me adoran... Hoy vivimos tranquilamente; hubo una mala racha de penas y de sinsabores, cuando el matrimonio de Genoveva...

VALENTÍN.—(*A David.*)—¿No es soltera?

DAVID.—No.

PAZ.—Es viuda.

VALENTÍN.—Ah...

PAZ.—Vivieron unidos un año escasamente, pero con tales disgustos..., hasta que Dios se lo ha llevado.

VALENTÍN.—Dios otra vez...

PAZ.—Sí, Dios siempre. Un minuto...

(*Yendo a la izquierda.*)

¡Genoveva!... Geno...

(*Sin alzar mucho la voz.*)

DAVID.—(*Aparte a Valentín.*)—Paz temía que le guardase usted rencor...

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—Eso ha dicho.

DAVID.—¿Luego hay motivo entre ustedes para que ella lo temiera?

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—Eso quiso decir.

DAVID.—¡No me habló usted nunca!...

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*)—¿Y por qué te he de hablar de lo que es mío y no tuyo?...

DAVID.—Cierto, cierto...

ESCENA XIII

DICHOS y GENOVEVA, por la izquierda.

GENOVEVA.—¿Madre?

PAZ.—Don Valentín...

GENOVEVA.—Ya sé... Tenía mucho deseo de conocerle...

VALENTÍN.—Y yo. Sabía que era usted adorable, por David.

GENOVEVA.—*(Dando la otra mano a David.)*—¿Tanto?

DAVID.—El dirá más aún cuando la trate a usted.

GENOVEVA.—Se vuelve adulator... ¿Permanecerá usted aquí una temporada?...

VALENTÍN.—Un mes o mes y medio.

ESCENA XIV

DICHOS y RAMIRO, por la izquierda.

RAMIRO.—Querido David...

(Una inclinación a Valentín.)

PAZ.—El señor Espalier. Ramiro Vidal...

(Sin darse la mano se inclinan mutuamente.)

RAMIRO.—¿No recibió usted una tarjeta mía en el Club?

DAVID.—He almorzado con don Valentín.

RAMIRO.—Le rogaba que no dejase usted de ir hoy a casa de Pepe Rufaza. Ya supusimos que no llegó el aviso.

DAVID.—Iré a disculparme.

RAMIRO.—Era para combinar nuestra candidatura. Va Rufaza de presidente y usted de secretario.

DAVID.—Llevo muy poco tiempo de socio para ocupar un cargo en la Directiva.

PAZ.—Señal de que a usted le estiman.

GENOVEVA.—Y debía halagarle a usted más.

DAVID.—Lo agradezco profundamente.

RAMIRO.—En la actual Junta hay un punto negro... o no muy blanco. Por torpeza, por negocio, o por lo que sea..., los intereses de la Sociedad se han perjudicado visiblemente, y pretendemos que la Junta nueva se componga de personas gratas y de una responsabilidad absoluta, material y moral.

VALENTÍN.—¿No están las cifras muy claras?

RAMIRO.—Para mí, excesivamente claras; pero nadie quiere enfangarse desmenuzándolas ni pasar el rato violento de discutir las o de hablar siquiera con una persona incorrecta. Ya estuvo en otra Junta y pasó dos cuartos de lo mismo... y hay que echarlo para que no haga más. Claro que es una molestia para usted en estas circunstancias, David; pero precisamente por lo ocurrido, tenemos especialísimo em-

peño en votar una Junta indiscutible, de caballeros como Rufaza y como usted.

DAVID.—Acepto, acepto sin vacilar.

(*Gozoso.*)

GENOVEVA.—Es un cargo de responsabilidad, y designarle a usted le honra.

DAVID.—Así lo acepto tan gustoso.

PAZ.—¿Pero tan desastrosamente les administraban?

RAMIRO.—¡Un horror!; y eso que los ingresos son enormes.

PAZ.—¿Hay muchos socios?

RAMIRO.—La cuota no significa nada.

GENOVEVA.—¿Tienen rentas?

RAMIRO.—No, no. No tenemos más que un tapete.

PAZ.—¿Un tapete?

RAMIRO.—Sí, pero es verde, y atrae los fondos.

GENOVEVA.—¿Juego?

RAMIRO.—Recreo. Una denominación más pulcra de lo mismo que usted dice.

VALENTÍN.—¿Secretario del Club y buscado de esta manera?... Es todo un elogio para ti. Otra vez te felicito, David.

ESCENA XV

DICHOS; BERNARDO y PABLO, por la izquierda.

BERNARDO.—(*A Paz.*)—Voy a recoger a mi hermana.

(*Mutis por la izquierda.*)

BERNARDO.—¡Oh, señor Espalier!... ¿No recuerda usted de mí? Nos conocimos en el Club Imperial.

VALENTÍN.—¿Imperial... en Barcelona?

BERNARDO.—El Imperial es en Petersburgo.

VALENTÍN.—Yo no he estado.

BERNARDO.—Yo sí. He viajado tanto y he visitado tanto, que es difícil precisar los clubs. Y tengo idea de que una noche, con David Larrol, hemos comido juntos en casa de... de...

VALENTÍN.—Viajando se come en tantas casas...

GENOVEVA.—¿Usted conocía ya a David?

BERNARDO.—Muchísimo.

DAVID.—(*Inquieto.*)—¿Sí?...

BERNARDO.—No con intimidad, pero soy amigo de íntimos suyos. Gregorio Padierna

me decía en Berlín una vez: «Qué simpático es Lartol...»

PABLO.—Te lo diría en alemán.

BERNARDO.—¡No! ¿Por qué?

PABLO.—Como allí es la lengua oficial... y en eso tú eres un profesor.

BERNARDO.—Lo hablo regularmente, sí... La conversación fué en castellano. Y con ese motivo empezó a contarme cosas...

DAVID.—(*Inquieto.*)—¿Mías?

BERNARDO.—No. Cosas de Berlín, de Budapest, de... Gregorio es cosmopolita y muy buen chico; a mí no me gustan las corbatas que usa..., pero, vamos, es muy amigo mío. Y está casado con una mujer distinguidísima, que tiene línea...

(*A Pablo.*)

Una línea preciosa, sabes, ¡preciosa! Yo se lo dije a su marido: chico, ¡tienes una mujer distinguidísima!

PABLO.—¿El ya sabría algo de eso?

BERNARDO.—Figúrate. Recuerdo que dimos un paseo delicioso por el Bósforo en una góndola...

GENOVEVA.—Las góndolas clásicas suelen estar en Venecia.

BERNARDO.—Y ésta era de Venecia. La habían mandado llevar. Un capricho de gente millonaria.

PABLO.—¿Tan ricos son?

BERNARDO.—Riquísimos: sobre todo ella. En Cádiz, para sus fincas, tienen once administradores. Querían que yo fuese su apoderado general.

PAZ.—¿Cómo no aceptó usted?

BERNARDO.—No soy hombre de negocios. Ese reino pertenece a don Valentín y a David... De Lartol me lo decía en una ocasión la baronesa de Ris: «Es un financiero, lo que llamamos un financiero.»

GENOVEVA.—(*A David.*)—¿Usted no hace memoria de este don Bernardo?

DAVID.—No.

GENOVEVA.—No me sorprende. Don Bernardo es muy amigo de una porción de gente que no le conoce.

DAVID.—Algo embustero...

GENOVEVA.—Embustero, no; pero es de la provincia.

DAVID.—¿Qué me importa a mí de él, estando a tu lado?

GENOVEVA.—¿Eres feliz?

DAVID.—Muy feliz, Genoveva. Si yo fuera dueño de la Vida y del Tiempo, les mandaría que se detuviesen en este momento.

GENOVEVA.—Yo no.

DAVID.—Yo tampoco, que aún espero mayor felicidad.

GENOVEVA.—Cuando lleve tu nombre. Señora de Lartol... Suena bien, ¿verdad?

DAVID.—Porque lo pronuncias tú.

BERNARDO.—(*Despidiéndose de Paz.*)—Mi querida señora...

PAZ.—Adiós, Zúñiga.

PABLO.—No le detengas. Aún tiene que ir al baile de la Legación de Portugal.

PAZ.—¿Esta noche?

BERNARDO.—No sé...; es decir, he recibido invitación, pero no sé si iré.

PAZ.—Si acaso, que usted se divierta.

PABLO.—Eso de todas maneras. Adondequiera que vayas, diviértete.

BERNARDO.—(*A Genoveva.*)—Hasta siempre, ¿eh?... Adiós, querido David.

DAVID.—Adiós, señor Zúñiga.

PABLO.—Ponle la G. de Zúñiga.

BERNARDO.—¿Sabes si es cierto que van a separarse el matrimonio Riofuerte?

PABLO.—Creo que sí.

BERNARDO.—Lo sentiría. Como allí todos los lunes... y les he tomado afecto.

PABLO.—¿A los lunes?

BERNARDO.—¡A los de Riofuerte, hombre!

(*Mutis Pablo y Bernardo, por la derecha.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA XVI

PAZ, GENOVEVA, DAVID, VALENTÍN, GUMERSINDO,
por la izquierda.

GUMERSINDO.—(*A Valentín.*)—¿Qué tal desde ayer?

GENOVEVA.—No me explico esta satisfacción de mentir, constándole que ni siquiera nos engaña.

PAZ.—Ese miente como otros se acatarran: con mucha facilidad.

DAVID.—Aun cuando la necesidad obliga...

GENOVEVA.—Ni aun de ese modo. Es un asco tan grande el que tengo a los embustes, me repugnan de tal manera, que no daría mi estimación ni mi cariño a quien fuese engañador.

32836

DAVID.—En teoría, la verdad es muy hermosa, sí; en la práctica suele mostrarse cruel.

PAZ.—El que la teme, por algo la temerá.

GUMERSINDO.—Yo soy de tu parecer.

DAVID.—¿Y quién será tan osado que la afirme? En lo más público, en lo que hubiera usted visto, usted misma, con sus mismos ojos, ¿se atrevería usted a decir: aquí está la verdad, ésta es?...

GUMERSINDO.—Yo, sí.

PAZ.—Y yo.

VALENTÍN.—Yo, no.

(A Paz.)

Si la persona que la inspirara a usted más confianza, su propio padre de usted, le dijese que un hombre, uno, cualquiera, yo mismo, era un ladrón, ¿sería esa para usted la verdad, Paz?

PAZ.—No.

DAVID.—(A Genoveva.)—Y si viera usted que un hombre alzaba la mano para cruzarle la cara a otro, y a presencia de usted lo refiriesen luego, cada uno a su manera, ¿se atrevería usted a decir: yo sé la verdad, yo sé quién ha ofendido a quién?

GENOVEVA.—¿No acertaría?

DAVID.—No.

GENOVEVA.—¿Habiéndolo visto?

DAVID.—Habiéndolo visto no acertaría usted... Porque usted atestiguaba el hecho material; pero la razón, el motivo poderoso que obligó a levantar la mano, la verdad de lo que hay entre aquellos dos hombres, no la descubre usted por haber presenciado que se abofetearon. No, Genoveva, no; la verdad se forma de cien verdades, y el que sabe una sola aún le queda mucho por saber.

GENOVEVA.—No hemos de esperar a descubrirlas todas, y una es suficiente para guiarnos. Pero tras de esa una iré siempre resuelta.

VALENTÍN.—Cuidado...

GENOVEVA.—¿De qué?... Fui muy desdichada en mi matrimonio, me dejé alucinar por las apariencias amables de aquel hombre...

PAZ.—Nos engañamos todos.

GENOVEVA.—Tal vez no me case nunca...

GUMERSINDO.—Eso yo no lo diría tan fuerte.

GENOVEVA.—Pero si vuelvo a casarme, primero he de escudriñar de qué modo ha vivido y de qué modo ha pensado quien me pida amores.

DAVID.—¿Y después, Genoveva?

GENOVEVA.—Después, David, aceptaría me-

jor una certidumbre dolorosa, pasada, que una mentira constante y desleal.

VALENTÍN.—Hubo una época en que tuve yo también esa misma aspiración. Me exigía a mí y exigía a los que me rodeaban una rectitud, una firmeza, una veracidad sin límites.

GENOVEVA.—Así es como se debe vivir.

VALENTÍN.—Pero así no se vive, y fui transigiendo, cambiando, amoldándome... Al principio amé la verdad, luego amé la bondad, y ahora amo la vida; es decir, encuentro disculpa para todo.

DAVID.—Porque todo la tiene y no somos responsables de nada.

GENOVEVA.—Me duele oírle hablar a usted así.

DAVID.—¿Y qué remedio?... Por la vida no es el hombre quien marcha: es el destino quien le empuja... Nos coloca en un punto de la rueda, y en el breve espacio de vivir, si caemos hacia abajo nos aplasta, mientras el mismo rodar eleva a otros.

GENOVEVA.—Eso es creer en la fatalidad.

DAVID.—Y en ella creo. Si está escrito que una criatura sea infeliz, lo será aunque nazca en un trono.

PAZ.—Usted habla de broma.

DAVID.—Mejor será...

GENOVEVA.—Pero usted, David, no es el más indicado para dudar del propio esfuerzo, que usted ha llegado a la fortuna y a la consideración...

DAVID.—He llegado, y bendigo el apoyo de quien me puso en condiciones para ello.

VALENTÍN.—Menos mal.

DAVID.—Pero si está escrito que la rueda ha de aplastarme, aplastado me veré, y me veré caer desde lo más alto.

GENOVEVA.—(Yendo a él.)—No me gusta que hable usted así.

PAZ.—Nos ponemos demasiado serios...

VALENTÍN.—Tiene usted razón.

GUMERSINDO.—Y la gente allí...; ¿qué dirán de nosotros?

GENOVEVA.—¿Para qué dice usted esas cosas de hereje?

DAVID.—Ganas de hablar...

GENOVEVA.—¡No, no!... Has puesto la cara muy sombría, como si pensaras algo muy negro...

DAVID.—Es que he sentido pasar el amor cerca de mí...

GENOVEVA.—Pasar y entristecerte... No era el amor, David.

DAVID.—No, ¿verdad?

GENOVEVA.—No. Cuando llegue a ti el mío, el verdadero, ya lo conocerás en la alegría que trae.

DAVID.—¿Tú me quieres?

GENOVEVA.—Sí.

DAVID.—Dilo con las mismas palabras.

GENOVEVA.—Te quiero.

DAVID.—Basta. ¡El mundo es mío!

GUMERSINDO.—Genoveva, que tenemos a aquellos señores olvidados, y van a decir...

GENOVEVA.—Anda, David, vamos a tomar una taza de te.

DAVID.—Vamos.

(*Van saliendo todos por la izquierda.*)

VALENTÍN.—(*Acercándose a David.*)—Decías tú bien: es una familia encantadora.

DAVID.—¿Y Genoveva?

VALENTÍN.—Adorable. También lo decías tú.

(*Sonriendo.*)

¿Por qué no te casas?

DAVID.—(*Gozoso.*)—¿Usted lo permitiría?

VALENTÍN.—Lo permito: lo aconsejo.

DAVID.—No, no; imposible. Si algún día llegara a saber mi pasado...

(*Espantado.*)

VALENTÍN.—Genoveva prefiere la verdad... y debemos complacerla.

DAVID.—(*Cogiéndole de un brazo.*)—Pero decirselo, no.

VALENTÍN.—(*Soltándose friamente.*)—¿Por qué negársela?

DAVID.—Por mí.

VALENTÍN.—¿Por ti?... ¿Y quién eres tú?... ¿David Lartol?... ¿Gabriel Soria?...

DAVID.—(*Temblando.*)—¡Que pueden oír!

VALENTÍN.—(*Sin alzar la voz y sin dejar de sonreír.*)—¿Qué más da?

DAVID.—¿Usted no me perdonó, don Valentín?

VALENTÍN.—¿Yo...?

DAVID.—¿No?...?

VALENTÍN.—Te he facilitado los medios para llegar a la fortuna, porque me conviene que seas rico; los medios para que seas estimado, porque me conviene esa apariencia de honor en ti; pero tú ya sabes cómo se llama quien co-

bra un cheque falso en una casa de Banca, y también sabes quién lo cobró en la mía.

DAVID.—Don Valentín...

VALENTÍN.—Ya sé también que lo hiciste por correr al lado de este amor, de esta Genoveva... Lo sé. Y mientras yo quiera serás David Lartol, el caballero...; cuando yo quiera volverás a ser Gabriel Soria, el falsario.

DAVID.—No, no, no.

VALENTÍN.—Pues obedece. Esa fué la condición.

ESCENA XVII

DAVID, VALENTÍN y GENOVEVA, por la izquierda.

GENOVEVA.—Vamos, señores...

VALENTÍN.—Vamos.

(Lentamente, mutis por la izquierda.)

GENOVEVA.—¿Y usted, David?

DAVID.—*(Que estaba absorto.)*—Voy, voy.

GENOVEVA.—*(Adelantando a su encuentro.)*

¿Qué tienes?

DAVID.—*(Volviéndose algo de espaldas.)*—Nada...

GENOVEVA.—*(Haciéndole volverse.)*—¿Qué tienes?

DAVID.—Genoveva...

(Pausa; cogiéndola bruscamente por la cintura.)

¿Me quieres?

GENOVEVA.—*(Sorprendida; sin defenderse.)*—Sí.

DAVID.—¡Pues dílo!

GENOVEVA.—Te quiero.

DAVID.—Más, más, más.

GENOVEVA.—Te quiero, sí.

(Separándose suavemente.)

Pero, ¿qué pasa? ¿Qué tienes, David?

DAVID.—Miedo.

GENOVEVA.—¿Miedo a qué?

DAVID.—A ser tan dichoso, que tú puedas quererme.

GENOVEVA.—*(Sonriendo.)*—Pues tiembla, que yo te quiero. Ven.

DAVID.—Vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
cdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO